

das á su estado, como el de salir un poco al huerto ó campo ó hurtar aquel día de las distribuciones forzosas, adelantar la oración mental, dispensar en algunas no forzosas penitencias, tomar un poco de regalo más de lo ordinario en el comer, beber, reir y hablar, gozar de un poco de música decente, cantar con decencia, y otras semejantes recreaciones, porque muchas veces está achacoso el cuerpo y oprimida la salud con la mucha ocupación y atención interior. Por eso conviene dar algo más de cebada y descanso temporal al asnillo del cuerpo, para que mejor sirva al alma y camine con mayor viveza al paso de la gracia; que esto, en no pasando á extremo, alivia el cuerpo y conserva la salud, sin la cual mal se puede acudir á las virtudes exteriores de barrer, fregar, tomar disciplina y ayunar y estudiar para leer, predicar y confesar; que sin estas virtudes exteriores suelen ser flacas, tibias y remisas las interiores. Que si un hombre, que es tenido por espiritual en una comunidad, á título de achacoso, se levanta tarde y se acuesta temprano, tiene regalos y privilegios particulares, suele escandalizar mucho á la comunidad; pues para no llegar á este

extremo se debe, de cuando en cuando, usar con templanza de las recreaciones corporales; que esto sirve para conservar la salud, para desahogar lo interior, para fomentar la unión y la fraternal caridad; y cuanto los espirituales austeros, melancólicos y de condición áspera les parece molestia, tanto les parece bien á todos los espirituales discretos, apacibles y prudentes. Lo que digo es, que sepan que todo extremo es malo y que conviene que los que tratan de oración tengan algunos alivios en común, y no importa que algunos los rehusen en particular.



CAPÍTULO XI

PRÁCTICA DE LA CONTEMPLACIÓN OSCURA

No piensen los mundanos que la vida de los contemplativos es ociosa, siendo en sí tan laboriosa y tan llena de infinitas cruces y dificultades, que se hallan en el ejercicio de las virtudes morales. Por esto tengo por muy santo el instituto que de tal manera usa de la soledad, que á su tiempo no falta á la vida de la Comunidad, para que la que se

especula en la contemplación acerca de la caridad fraterna, se practique después entre los hermanos; porque la vida solitaria está llena de engaños, y la comunidad está llena de desengaños. La contemplación engendra una santidad algo especulativa; pero el ejercicio de las virtudes morales engendra una santidad práctica, como veremos. En esta contemplación obscura no pienso que hay palabras que puedan bastantemente explicar lo que hacen y padecen las muy poquitas almas que llegan á experimentar en sí este dichoso estado de la contemplación obscura, en donde el alma con olas encontradas de pensamientos y afectos, temiendo mucho, aun dudando de su propia salvación, tiene una oración altísima, pensando ella que no tiene alguna. La presencia y la unión que aquí tiene el alma con Dios es tan fuerte como penosa, es tan obscura como aflictiva; la cual consiste en un hambre canina y sed insaciable de Dios, á quien busca sin hallarle, á su parecer, y aunque está muy dentro de esta alma, le parece que está muy lejos. El sentimiento espiritual aquí es vehemente, interior, acompañado de lastimosas quejas sin pronunciarlas; gime, llora y se excita el alma

en lo interior sin comunicar nada á lo exterior; y si algo se comunica al cuerpo, todo él se descoyunta, entristece, aflige y siente intensísimos dolores, cuyo remedio consiste en el interior alivio. Toda la fuerza de esta oración consiste en dos puntos: el primero es un deseo grande de agradar á Dios, y el segundo es un temor grande de ofenderle. Entrambos afectos, como no tiene el debido cumplimiento, á su parecer, siempre incomparablemente atormentan al alma, la cual está en una presencia penosa de su Dios, que vivamente se le representa airado, cuya Majestad le espanta, cuya grandeza le oprime, cuya justicia le confunde; y como en sí halla tanta flaqueza, miseria, desventura y defectos, se avergüenza, confunde, amilana y se halla cubierta de un tedioso desmayo, que imponderablemente le atormenta; y con este tan estrecho y penoso abrazo que le da su Amado, halla á veces una pena tan sabrosa, que no quiere carecer de ella. Y aunque esta guerra sea sumamente molesta, siente en sí un afecto que le abrasa, una grande conformidad que la admite, una presencia de Dios, si bien penosa, pero sumamente provechosa, pues realiza to-

das las virtudes morales penosas, como son: resignación, paciencia, humildad y mortificación, constancia, fortaleza y otras semejantes que aquí se practican y realzan.

CAPÍTULO XII

DEL AMOR VULNERANTE Y DE LA LLAGA DEL AMOR

A los pasos de la contemplación damos nombres tomados de los efectos que causan en los corazones contemplativos. Digo, pues, que el amor contemplativo á veces tiene unos actos sutiles, delicados y tan penetrantes hacia lo interior del alma, que como, cuando se hiere el cuerpo, los miembros y nervios se encogen, así sucede al alma en este paso; que, cuando se apodera este amor de ella, se encoge y recoge hacia lo interior de su ser y de su nada; y cuanto más nada halla en su interior, tanto más halla y se une con su Amado; y como una gota de agua fuerte aplicada á la carne causa una llaga, que al imprimirla no se siente, pero después escuece y duele, así son los actos

de este amor de tanta delicadeza, y son tan penetrantes hacia lo interior, que causan un sabroso escozor en el mismo corazón. De esta llaga se causa á veces un muy regalado desfallecimiento, en donde el amor está ingerto en dolor y los frutos de este ingerto son suspiros tiernos, requiebros amorosos, afectos encendidos, júbilos celestiales, paz, gozo, unión tranquila y un modo de amar que yo no sé explicar. Está el alma regalona, herida de amor; como quien se deja caer con el ardor de la siesta á la sombra fresca de un florido árbol, así está el alma en este paso: con un suspiro descansa, ama, alaba, agradece y engrandece, adora, bendice y ensalza á su Amado con un solo acto, que equivale á todos éstos. Esto dura más ó menos, conforme la gracia le dura; si algo se comunica al cuerpo, luego hay éxtasis, que es exceso de amor que aprieta el corazón; acompaña-se á veces este paso con visiones, raptos y revelaciones de verdades divinas.

Y como el gusano de la seda, cuando comienza su capullo, es grande y hermoso, pero cuando se acaba de tejer sale hecho un gusanillo muy pequeño; dejando la riqueza de la seda para su dueño y reservando para sí las

alas que le dieron con la pequeñez, así el alma, cuando sale de esta oración, con haber visto tanta grandeza en Dios, no halla en sí ni en todas las criaturas sino suma pequeñez y nada. Es como si una persona saliese de la recámara de un rey poderoso, en donde viese grande vajilla de oro, plata y diamantes, si después se encontrase con unos vasitos de barro feo, claro está que no los podría estimar acordándose de la grandeza que vió antes; así sucede al alma, la cual, en saliendo de esta oración, ó en estando en ella, no puede amar ni estimar, ni tener por grande cosa alguna que no sea de Dios ó lleve á Dios.

Y como si uno entrase en un palacio real que tuviese muchas salas adornadas de una misma manera, según fuese mirando las colgaduras iría creciendo en admiración, pero en llegando á la cámara del rey, allí quedaría absorto; así es el alma: cuando ve los atributos divinos de la Omnipotencia, Misericordia y Justicia, va creciendo en amor admirativo; pero en llegando al Camarín Real de la Divina Esencia, donde ve la distinción de las Personas en la unidad de la naturaleza, aquí sube de punto la admiración: el alma se enmudece, y estando muda, habla con

cifras y afectos simbólicos; habla con un lenguaje de fuego que solos los serafines entienden. Aquí arde el alma con un fuego lento, vivo, sosegado, puro y vital de amor divino. Aquí se siente el alma herida de veras, presa y prisionera con lazos de amor. De aquí salen arroyos de fuego de la caridad fraternal, deseando hacer bien á los prójimos, como decretos de Dios. De aquí sale un deseo encendido de la conversión de los gentiles, de la enmienda de los pecadores, de la conversión de los herejes, y un tierno amor con los enemigos. No es posible pensar que yo pueda explicar lo que hacen y padecen aquí las almas; déjolo para los experimentados, que los demás no podrán darme crédito.

CAPÍTULO XIII

DE LA UNIÓN DEL ILAPSO, Y CÓMO NO REPUGNA QUE DIOS PRODUZCA LOS ACTOS VITALES EN NOSOTROS

Es cuestión difícil y grave si Dios por Sí solo puede producir los actos vitales de amar y entender sin que el alma (que es nuestra vida) concorra vital-

mente para su producción, porque la vitalidad no es otra cosa que una dependencia intrínseca del alma (que es nuestra vida) en la producción, ser y conservación; y si Dios produjese en nosotros sin concurso vital, nuestros actos vitales de amar y entender por una parte serían vitales, como se supone, y por otra parte no serían vitales, pues no dependían intrínsecamente en su producción del alma (que es nuestra vida), pues sólo Dios sin ella las producía; por lo cual serían vitales y no serían vitales; que es manifiesta contradicción.

Esta razón en lo natural convence en donde no puede haber acto vital en donde no puede haber acto vital; pero aquí hablamos de otros actos que, entre los contemplativos, se llaman anagógicos; quiero decir, unos actos que tienen una vitalidad esencialmente sobrenatural; y como sólo Dios es vida por esencia y esencialmente es sobrenatural, sólo Dios es quien, como principio vital, puede producir en nosotros estos actos anagógicos con acción divina y pasión humana, elevando nuestro entendimiento y voluntad, y comunicándole (no como forma informante, sino como forma asistente)

una virtud divina por modo transeunte, que los hace entender y amar lo divino con acción y virtud ajena y pasión propia del alma; y como es acción inmanente queda en las potencias y juntamente en el alma, y une el alma con Dios altísimamente, á quien en este estado entiende y ama lo divino, y aun los Nominales ¹ dicen que los bienaventurados en el Cielo de esta manera entienden y aman, y que en estos actos anagógicos consiste la bienaventuranza formal y vital.

Esta doctrina, como es algo delicada y obscura, la quiero explicar con dos comparaciones materiales. La primera sea del niño que no sabe escribir poco ni mucho: si un diestro maestro le coge la mano y la pluma, y las eleva, con ellas escribe una hermosa letra, la cual ni el niño, ni la mano, ni la pluma por sí solas podían escribir. Así hace Dios en estos actos anagógicos, el cual, cogiendo el alma como niña, el entendimiento y la voluntad como la mano y la pluma, produce con ellas los actos anagógicos divinos de

¹ Se llamaron *Nominales* á los discípulos de Guillermo Occam, franciscano (siglo xiv), los cuales querían explicar los misterios de la fe católica con la Filosofía.

amar y entender, cuya vitalidad es tan esencialmente supernatual que el alma, por mal que la eleven con la gracia, no los puede producir sino es que Dios, como vida asistente (cuya vitalidad es esencialmente sobrenatural), las produzca; y en esto el alma está *mere pasive*, como el niño en el escribir, teniendo su entendimiento y voluntad (como instrumentos eficientes, elevados) influjo activo en los tales actos.

El segundo ejemplo es del hierro ardiente, en cuyos más secretos poros coexiste substancialmente el fuego. Este elemento, elevando la densidad y fortaleza del hierro, por ellas arde, luce y quema; siendo así que la substancia del hierro no concurre más que materialmente á estas acciones luminosas y calurosas del fuego divino, puede estar tan intimamente presente en lo más secreto del ser substancial y vital del alma que, como vida increada, produzca unos actos divinos de amar y entender, obrando vitalmente las potencias elevadas por Dios, sin que el alma tenga más que un concurso material recipiente de estos actos; y como son actos inmanentes, se reciben en el alma como formas inheren-

tes, con las cuales se dice que el alma entiende y ama á Dios á lo divino.



CAPÍTULO XIV

DE LA CONTEMPLACIÓN PASIVA

LA doctrina del capítulo pasado es fundamento de la del presente. En el pasado dijimos que era posible lo que en el presente decimos que sucede de hecho; pero no decimos que la contemplación pasiva consiste en una ociosa unión, en que dijeron algunos antiguamente que consistía. Decían, pues, que el alma en esta unión de la contemplación pasiva estaba tan *mere pasive* que no tenía movimiento vital de amar ni entender, sino que la substancia humana estaba por modo inexplicable unida con la substancia divina, la cual unión llamaban toque substancial. Pero esto era estar el alma ociosa, cuya unión, aun en la patria, consiste en actos vitales de visión y amor beatífico; y como el hombre esencialmente se compone de alma y cuerpo, así toda contemplación del viador ó del comprensor esencialmen-

te está compuesta de actos vitales de entender y amar, por lo cual digo que es imposible (aun de potencia absoluta) que haya unión de contemplación sin actos vitales y sobrenaturales de amar y entender. Digo, pues, que la contemplación pasiva no consiste en aquel ocio, sino en un fervoroso negocio cuando está Dios como forma asistente en lo más íntimo y secreto del ser substancial y vital del alma, como primer principio vital eficiente, como objeto teologal presente, como último fin conseguido con fe, gozado en caridad, asegurado con lo más firme de la esperanza, entendiendo y amando el alma vitalmente á su Creador, con vitalidad y acción ajena y pasión propia. Esta unión tuvo el Apóstol cuando decía: Vivo yo, mas ya no yo, sino el que vive en mí es Cristo; llamando á Cristo su vida, no informante, sino asistente. Y si todo se hacia dentro ó fuera del cuerpo, pues no lo supo decir el Apóstol, menos lo sabré decir yo; lo que sabré decir es que estos actos son tan deíficos, sutiles, sublimes y sobrenaturales, que no basta la fe humana para creer que los hay, ni aun que los pueda haber. Lo que yo sabré decir es que estos actos, cuya vi-

talidad es en cierta manera divina y cuya pasión es humana, tienen en sí tanta dulzura, suavidad y alegría, que ellos solos por sí, sin otra enfermedad, bastarian á quitarnos la vida si Dios entonces milagrosamente no la conservase. Aquí está el alma dentro de sí misma, elevada sobre sí misma con una vida substancial, sobrenatural y asistente, que le anima y vivifica con modo incógnito é inexplicable, que para gozar claramente de Dios no falta más que romper la tela de esta vida, en donde con la fe, como por vidriera iluminada al óleo de la caridad, está contemplando á su Amado. Esta unión tuvo la Santísima Virgen Maria Nuestra Señora y muchos Patriarcas de entrambos Testamentos, y nunca falta en la Iglesia militante á quien Dios comunique esta gracia.

CAPÍTULO XV

DE LA TRANSFORMACIÓN MÍSTICA

ENTRE las formas, hay unas informantes, que componen y dan el ser principal al compuesto, como el alma ra-

cional, que en compañía del cuerpo compone al hombre y le da el ser racional. Hay otras formas asistentes que se unen por asistencia, y no componen ni dan el ser, pero dan la operación. Esto se echa de ver en los ángeles que mueven el Cielo, los cuales son asistentes y no informantes, pues son principio del movimiento accidental y no del ser substancial de los cielos. En este sentido decimos que puede haber una transformación mística del alma en Dios, asistiendo íntimamente la esencia divina por milagro en lo más íntimo y secreto del ser substancial del alma, como vida sobrenatural asistente en la vida natural informante; dándole nuevo ser moral de transformado místico y nueva operación divina y vital, esencialmente sobrenatural; siendo así que estos actos anagógicos son de Dios en género de causa eficiente, y son del alma en género de causa material recipiente y en género de causa formal inmanente; pues quedando estos actos vitales dentro del alma, como la blancura quedando en la pared la hace formalmente blanca, así estos actos amorosos, quedando dentro del alma, hacen que el alma quede formalmente inteligente y amante de lo di-

vino, con acción ajena y pasión propia.

Quiero explicar esta doctrina con un ejemplo, en parte espiritual y en parte material; y es, que si un ángel, como forma asistente y no informante, se penetrase como espíritu superior en fuerzas con un cuerpo humano vivo, podía el ángel, como viviente superior, elevar y usar de todos los órganos, potencias é instrumentos de este cuerpo humano, para que hiciese todos los actos vitales que antes solía hacer con el influjo del alma, aunque por diferente manera; y así el cuerpo en tal caso podría ver, oír y andar vitalmente con la vida angelical asistente, siendo la acción propia del ángel, y la pasión ó recepción de estos actos vitales propia del cuerpo, que en género de causa formal le harían vidente y locuente formalmente.

Este ejemplo explica algo de lo que hace Dios en el alma, en la transformación mística, en donde Dios como vida sobrenatural asiste, con la unión del ilapso, íntimamente existente en nuestra vida informante, eleva de tal manera las dos potencias del entendimiento y voluntad, que las hace entender y amar á lo divino con modo tan secreto como inexplicable.

Y como la cera blanda unida con el sello transforma en sí, no la substancia del metal, sino la figura esculpida, así el alma, unida en este acto con Dios, no transforma en sí la substancia de Dios, sino una figura ó retrato del mismo Dios en el modo de obrar; que como Dios sin moverse mueve, así el alma, sin movimiento vital propio, mueve sus potencias hacia Dios; y como lo supremo de lo infinito sea semejante á lo infimo de lo supremo, siendo esta contemplación lo supremo del estado infimo de los viadores, es muy semejante á la contemplación que tienen los comprensores en la Gloria, que es el estado supremo adonde pueden llegar los hombres.

Aquí el alma en este paso tiene la presencia de Dios muy rara, extraordinaria, clara, íntima, deleitosa y sumamente realizada; aquí el ardor, fuego, luz y calor espiritual de la caridad es inexplicable; pero se puede comparar con la llama del aguardiente, que ardiendo, luce sin que queme ni consume la parte en que prende. Aquí los sentidos ni ayudan ni estorban, porque en nada de esta unión, ni en infusión ni prosecución, depende de ellos. La imaginación y el entendimiento

agente están quedos, pues aquí no hay fantasmas que se puedan especular. Los dolores y las tentaciones del cuerpo aquí ni hacen ni deshacen. A sola un alma hallé que tuviese esta oración, y andaba muy endiosada; pero esto fué después de treinta años de oración, persecuciones, testimonios, afrentas públicas, tentaciones públicas y secretas; que nunca cuesta poco lo que vale mucho.

Y si algunos doctores místicos explicaron este acto con términos hiperbólicos, menos ajustados al rigor metafísico que hoy se profesa en las escuelas, no me admiro de ello; porque una gracia es experimentar en sí este don soberano, y otra gracia distinta es saberlo explicar, por ser cosa tan oscura, secreta y delicada, y muy remota á todo lo visible; pero lo otro, con el auxilio de la gracia divina es factible.



CAPÍTULO XVI

AFORISMOS ACERCA DE LA CONTEMPLACIÓN Y DE LOS CONTEMPLATIVOS

1. La contemplación consiste en luz intelectual,

Y juntamente incluye acto de caridad.

2. No es contemplación, sino fe ó especulación, el conocimiento,

Hasta que reciba del amor el último complemento.

3. La perfección permanente y santidad formal

No consiste en la contemplación, sino en la gracia habitual.

4. Quien no experimenta la contemplación,

No sabe á qué sabe esta suavísima unión.

5. Contemplación que no incluye altísima humildad,

O falta de presto ó se convierte en sequedad.

6. La humildad contemplativa nace del conocimiento de Dios;

Pero la humildad afectiva nace del conocimiento de vos.

7. Lo más alto de la contemplación es para pocos;

Pero cumplir cada uno con su obligación es para todos.

8. Los dolores son tizonas

Que atizan y conservan los contemplativos amores.

9. Por tres grados se sube á lo más alto de la contemplación,

Que son: desnudez, persecución y verdadera abnegación.

10. Sin humildad,

Ni hay contemplación ni santidad.

11. Cruces y trabajos exquisitos

Son el pan cotidiano de los contemplativos.

12. Pureza angelical en las costumbres é intención,

Son muy cercana disposición á la contemplación.

13. Inocencia y paciencia en la tribulación,

No es caminar, sino volar á la perfección.

14. Raro es el acusado que puede estar callado;

Y si en los testimonios puede callar, en el sufrir es mártir y serafin en el amar.

15. Las tinieblas en las almas contemplativas

Suelen ser vísperas de luces excesivas.

16. En la contemplación, lo infuso suele ser lo más sabroso;

Pero lo adquirido con la gracia suele ser lo más provechoso.

17. Siendo retirado, si quiere ser acomodado,

Vuélvase otra vez á poblado.

18. Quien fuera de Dios nada busca, Con Dios en todo se ajusta.

19. Contemplación, por cuyo respeto se falta á la obligación,

Más tiene de ilusión que de verdadera oración.

20. Para subir á la contemplación, es menester especial vocación;

Y quien sin ésta se atreve á volar, le harán presto bajar.

21. Son muchos los que se pierden en la contemplación,

Por faltarles maestros llenos de perfección.

22. Es engaño pensar que la contemplación es para todos,

Pues es joya muy preciosa que se da á bien pocos.



CAPÍTULO XVII

SECRETOS QUE PERTENECEN Á LA CONTEMPLACIÓN

Primera pregunta. ¿Si es bien dar reglas humanas para alcanzar la divina contemplación?

Respuesta. La contemplación es gracia *gratis data*, y de ordinario es gracia infusa, como lo es el don de hacer milagros; y así, fuera de vivir

bien ajustado con las obligaciones del estado que uno profesa y ser muy santo, poco importan las reglas humanas—por depender más este don de la liberalidad divina que de la disposición humana.

Segunda pregunta. ¿Si pueden darse reglas para su conservación?

Respuesta. La única regla es buscar un maestro entendido en estas materias, que ése dirá que junte con la pureza de vida, costumbres é intenciones, el cumplir bien con la obligación del estado.

Tercera pregunta. ¿Si los contemplativos son más santos que los otros siervos de Dios, que no tienen sino una ordinaria oración mental?

Respuesta. La santidad formal consiste en la gracia habitual, la cual es forma santificante, cuya primera infusión se hace por los sacramentos ó por un acto de caridad ó contrición sobrenatural, y cuyo aumento se hace con los actos meritorios de todas las virtudes, entre las cuales es una la contemplación; y así, de ordinario, el más virtuoso, y no el más contemplativo, es el más santo; y si los que no tienen contemplación son más virtuosos que los contemplativos, serán tam-

bién más santos que ellos; pero es engaño pensar que se sube á grado alto de la contemplación si no es con muchas virtudes, batallas, trabajos y dificultades. Aquí no hablo de los privilegiados.

Cuarta pregunta. ¿Si el acto de la contemplación es más noble entre las demás virtudes teologales y morales?

Respuesta. Así como todo el hombre es compuesto de cuerpo y alma, así el acto de la contemplación es compuesto de fe viva y caridad encendida; y como todo el compuesto es más noble que ninguna de sus partes divisibles, así digo que este acto compuesto y adecuado es más noble que ningún acto simple, pues es juntamente fe y caridad unidas, más noble es que sola la fe y sola la caridad simple.

Quinta pregunta. ¿Si el acto de la contemplación es más meritorio entre todos los actos virtuosos, vitales y sobrenaturales?

Respuesta. El mérito es entidad moral; se añade al acto físico vital y sobrenatural, y nace de muchos principios. Lo primero, de la mayor ó menor gracia habitual. Lo segundo, de la gracia actual por modo de auxilio elegante. Lo tercero, de la libertad é in-

diferencia elevada con la gracia. Lo cuarto, de la mayor ó menor dificultad que se vence con la gracia en la obra virtuosa, y de su mayor ó menor intensidad ó extensión. Si el acto de una virtud moral tuviere más de estas circunstancias que el acto de la contemplación, el acto de la virtud moral será más meritorio.

Seata pregunta. ¿Si los raptos, visiones, éxtasis y sueños de cosas santas son acciones ó pasiones meritorias?

Respuesta. Estas cosas, cuanto á lo exterior de ellas, no están en nuestro poder; así, no son libres ni meritorias por la parte que les falta la libertad; pero si hay acto interior sobrenatural y libre en la parte superior del alma que nazca de principio adquirido ó infuso, entonces los actos libres internos serán meritorios, pero no las acciones y pasiones necesarias externas. Y si Salomón mereció en su sueño, sería por los actos internos, y no por el sueño externo, que fué acto natural y necesario.

Séptima pregunta. ¿Qué diferencia hay entre la unión que el alma tiene con Dios por la gracia habitual, por la caridad y por la contemplación?

Respuesta. La gracia habitual es

cualidad física, que, como forma justificante, se sujeta en la substancia del alma, y nos une con Dios meritoriamente como con último fin que mereceremos y alcanzaremos á su tiempo si perseveramos en ella. La caridad nos une con Dios como con su objeto, á quien, como virtud teologal, nos ordena, y su acto, en cuanto meritorio, es disposición que merece la gracia habitual, como semilla de la Gloria y del último; pero la contemplación supone como fundamento la gracia habitual y su unión, é incluye intrínsecamente la caridad como parte competente; y así mira á Dios como á su objeto; y fuera de éstos, une el alma con Dios como con su principio. De manera que la contemplación, en compañía de la gracia y caridad, une al alma con Dios como con primer principio, como con su último fin y como con su objeto, que son las tres mayores uniones que puede tener con Dios un viador, mientras está en esta vida con la lumbre de la fe.

Octava pregunta. ¿En qué consiste la unión del ilapso, y cómo se hace?

Respuesta. Cuando Dios substancialmente, no tan solamente por esencia, presencia y potencia, que esto es

propio del atributo de la inmensidad, sino como principio particular, se manifiesta como en el Cielo: allí con lumbre de gloria, y aquí con lumbre de fe y contemplación en lo más secreto del ser substancial y vital del alma; entonces, como principio vital, sobrenatural y divino, comunica un vigor y vitalidad á lo divino, á las dos potencias del entendimiento y voluntad, para que produzcan unos actos contemplativos muy aquilatados; entonces se dice que está Dios por modo de unión de ilapso en el alma, no como forma informante, sino como principio que subordina y eleva el alma como principio elevado á nuevo modo de obrar sobrenatural, y vitalmente con algún remedio de los bienaventurados en el Cielo, que también de esta manera se elevan y ven claramente la esencia divina.

Novena pregunta. ¿Si Dios, estando de esta manera en el alma, la santifica?

Respuesta. No la santifica, sino que la presupone santificada con la gracia habitual, que es forma que le informa y le comunica la santidad, ó ser santa, como efecto formal suyo; pero Dios no está entonces en el alma

como forma informante, sino como causa eficiente que le eleva en género de causa eficiente, y no la informa en género de causa formal.

Décima pregunta. ¿Si se puede decir que Dios en la unión del ilapso forma algún compuesto con el alma racional?

Respuesta. Toda composición verdadera es un género de causa material y formal; y como Dios en esta unión del ilapso no es forma informante, sino causa eficiente, ni el alma es causa material, sino causa eficiente elevada; de allí nace que no constituyen verdadera composición, aunque tengan verdadera subordinación, y ésta basta para la tal unión del ilapso.

Undécima pregunta. Pues en esta unión de ilapso, la substancia divina puede estar íntimamente presente y como unida á la substancia del alma; ¿por qué no se puede llamar unión ó toque substancial y sobrenatural?

Respuesta. Los doctores escolásticos no admiten otra unión substancial sobrenatural, si no es la hipostática; pero el llamar esta unión toque substancial, poco importa, pues con este nombre no se significa más que una íntima coexistencia de la substancia

divina en razón de principio elevante, con la substancia humana en razón de principio elevado; y de esta manera, entendido este término, no tiene inconveniente.

Duodécima pregunta. ¿Si entonces Dios y el alma hacen un principio total y adecuado, como de dos principios parciales?

Respuesta. Respondo que no componen entre sí en razón de principio, sino que Dios es primer principio total, y el alma es principio ó causa segunda total con las gracias que tiene, y así no componen, sino que se subordinan entre sí.

Décimatercera pregunta. ¿Qué diferencia hay entre la contemplación mística y la escolástica?

Respuesta. La escolástica es pura especulación y conocimiento de verdades divinas. La mística es un acto compuesto de fe viva y caridad encendida. La escolástica es perfección del entendimiento. La mística perfecciona al entendimiento y á la voluntad.

Décimacuarta pregunta. ¿Si es bien aconsejar á todos, sin diferencia de personas, que se den á la contemplación y la procuren?

Respuesta. Es muy mal hecho el

tal consejo. Lo primero, por ser esta gracia más infusa que adquirida; y como las gracias *gratis datas* infusas no son para todos, ni tampoco todos las deben procurar. Lo segundo, porque hay algunos de la vida mixta tan imprudentes, que, en recibiendo algún grado de la contemplación, luego se enfadan con su propia vocación, anteponiendo el amor de la soledad á la obligación de la fraterna caridad, repudiando la laboriosa Lia del trato del prójimo por los amores de la hermosa Raquel de la contemplación. Estos ignoran que la oración, suavidad y contemplación, que impiden las obligaciones del instituto que el hombre profesa, más tienen de ilusión que de oración.

Décimaquinta pregunta. ¿Por qué algunas almas que tienen terribles y vehementes pasiones, suelen ser incapaces de lo más suave y subido de la contemplación?

Respuesta. Estas bien pueden ser más santas y más amigas de Dios que muchos contemplativos; pero de ordinario, como son tan contumaces, soberbias é iracundas y destempladas en muchas acciones, natural tan desbaratado no suele ser capaz de la con-

templación infusa, que tiene tanta suavidad, paz, reposo, mansedumbre y otras cualidades muy desemejantes á la destemplada capacidad del sujeto.

Décimasexta pregunta. ¿Si la contemplación es siempre don infuso ó tiene algo de lo adquirido?

Respuesta. La larga y perseverante meditación de la vida, pasión y muerte de Cristo Nuestro Señor adquiere muchas especies impresas en la imaginación y muchas adquiridas en el entendimiento, esto es, en la memoria intelectual; y estas especies, si se juntan con el hábito de la fe, y esta fe se compone con la caridad encendida, se dirá esta contemplación adquirida; pero de ordinario hay alguna infusión de gracia superior en la contemplación realizada; y lo más ordinario es ser ella gracia infusa y compuesta de viveza añadida á la fe y de nuevo fervor añadido al hábito de la caridad. Con todo esto, sus especies de cosas divinas, presuponiendo la fe infusa y la gracia actual infusa, pueden ser adquiridas por la meditación, las cuales, unidas con la fe y la caridad, constituyen la contemplación.

